

**HISTORIA DE LAS MENTALIDADES:
APROXIMACIONES METODOLOGICAS**

Solange Alberro

SOLANGE ALBERRO obtuvo su doctorado en la Universidad de París (1984). La mayor parte de sus artículos y libros abordan diferentes aspectos de la historia de las mentalidades en México. Los más sobresalientes son *Introducción a la historia de las mentalidades* (en colaboración con Serge Gruzinski, 1979) e *Inquisición y sociedad en el México colonial, 1571-1700* (1989). Es profesora en El Colegio de México.

La emergencia de un nuevo territorio: las mentalidades

Hace aproximadamente veinte años, empezó a utilizarse en los ámbitos históricos europeos, sobre todo franceses, el término de mentalidades. Como siempre ocurre cada vez que surge un nuevo vocablo en una disciplina tan antigua y que parece a veces tan rancia como lo es la Historia, la moda se apoderó de él y duró unos diez años, después de los cuales los estudiosos realmente atraídos por este campo pudieron dedicarse a sus tareas, ya libres de presiones circunstanciales. Aunque algunos países en los que la influencia positivista era fuerte en historia adoptaron esta nueva corriente con cierto desfase, la mayoría de los que reivindican la cultura occidental en conjunto producen hoy en día trabajos que pueden ser remitidos a la historia de las mentalidades.

¿Pero en qué consiste esta supuestamente nueva historia? No se trata de una teoría explicativa ni de un sistema filosófico como el positivismo, el marxismo o el estructuralismo. Actualmente en ciencias humanas y sociales, los sistemas teóricos de cualquier índole inspiran con toda razón cierta desconfianza, por su pretensión de dar cuenta cabal de la realidad en su complejidad, la que procuran reducir a toda costa a modelos preestablecidos. Pero, por otra parte, asistimos a la emergencia de nuevos territorios. Entendámonos: la realidad de una época determinada, con su estela de hechos, acontecimientos, su red de relaciones y combinaciones entre distintas esferas, constituye un todo cerrado y finito al que nada puede ser añadido desde fuera. La Roma del emperador Augusto, la España de los Reyes Católicos o los Estados Unidos de América de la depresión de 1929 nos son conocidos en sus estructuras y funcionamiento y ningún hecho nuevo puede ahora modificar la realidad de lo que fueron. Pero en esta misma realidad, podemos destacar problemas, temas o espacios cuya novedad tenga dos posibles orígenes. Por una parte, están los que son suscitados por nuevas interrogantes, y que habían permanecido despreciados o desconocidos hasta ahora. Así, por ejemplo, los temas relacionados con la vida familiar, la cultura popular, material, etc., que nutren numerosos estudios de la

historia de las mentalidades. Estos campos existían en sí aunque no eran objeto independiente de estudio; al aparecer como menores e irrelevantes no daban lugar a ningún estudio específico y constituían, en el mejor de los casos, una parte generalmente secundaria y poco desarrollada de un trabajo inspirado por una problemática tradicional. Están también los campos que corresponden a un enfoque impuesto por el investigador y que resultan esta vez de un recorte y un reacomodo distinto de la realidad. Así, por ejemplo, el campo que denominamos "religiosidad popular" se constituye a partir de temas y espacios que pertenecen tradicionalmente al campo de la historia religiosa-teología, derecho canónico, institucionales, liturgia- la sociología histórica-pensemos, por ejemplo, en las cofradías, las mayordomías, las relaciones de poder en una comunidad determinada-, la etnohistoria, la iconografía, etc.

Una actitud mental que contribuye poderosamente a hacer emerger nuevas problemáticas es la que partiendo de las inquietudes propias de nuestra época, las proyecta a un pasado, delimitando en él nuevos campos de investigación. De esta manera, nuestras preocupaciones actuales vienen a ser el fermento que comunica una nueva vida a un sedimento inerte, informe o ya incorporado en otras visiones históricas.

Esta relación constante entre una interrogación dictada por el presente y el material que nos brinda el pasado confiere a la disciplina histórica y a la historia de las mentalidades en particular un sello dinámico en la medida en que asegura la posibilidad de renovación permanente del objeto de estudio. En este sentido, la historia llamada de las mentalidades corresponde, mucho más que a la aparición de una metodología novedosa y original, a la reorganización de la realidad histórica a partir de problemáticas nuevas. Resulta ser por tanto novedosa en cuanto propone renovados campos de análisis y de reflexión pero también no deja de aparecer como muy antigua en tanto que recurre a una información que se encuentra generalmente integrada en problemáticas históricas más tradicionales que tienden a retenerla en conjuntos cerrados

y definitivos, haciéndola aparecer falsamente como vaciada de sustancia y por tanto inaprovechable.

Así las cosas, se entiende cómo la naturaleza compleja y versátil de la historia de las mentalidades se aviene con una metodología muy diversa y nada sistemática. Según las fuentes y el tipo de material considerado, se acude a los medios que mostraron ser eficientes en otros campos de la historia.

El método cuantitativo y la periodización

Cuando la suerte depara series documentales -procesos de la justicia civil o religiosa, testamentos, archivos parroquiales, conjuntos iconográficos, etc.,- el método cuantitativo, comúnmente utilizado en historia económica y demográfica, aporta a la investigación una seguridad tanto más apreciable cuanto es excepcional. En efecto, poder establecer ponderaciones, frecuencias, proporciones y variaciones de fenómenos a menudo tan subjetivos como suelen ser los que interesan al historiador de las mentalidades, confiere a las conclusiones que propone una solidez envidiable. Este método tiene además la ventaja de resaltar el carácter colectivo de un fenómeno cuya variación es posible apreciar temporal y/o espacialmente, permitiendo de esta manera escapar a los escollos que representan a menudo los casos límites.

La información arrojada por el método cuantitativo constituye además un marco valioso para el análisis preciso de un fenómeno. En efecto, si por su carácter mismo no permite apreciar con finura el objeto observado, lo ubica en un marco general, permitiendo por tanto apreciarlo en el contexto que le corresponde y que le restituye su importancia objetiva. Huelga puntualizar que el uso de este método implica que las series documentales sean suficientemente abundantes, para no caer en el ridículo -demasiado frecuente- de ofrecer porcentajes o incluso datos absolutos a partir de muestreos raquíuticos y por tanto desprovistos de todo valor significativo. Estas series deben asimismo presentar cierta homogeneidad en cuanto al origen de su producción -una misma institución, por ejemplo- y a la naturaleza de la información que proporcionan, puesto que no

se puede tomar en cuenta variables distintas en una misma estadística.

En fin, la periodización es indispensable, en historia de las mentalidades como en las demás esferas históricas. Aunque en nuestro caso los fenómenos que nos interesan suelen evolucionar con una lentitud que frecuentemente los hace parecer como engañosamente estáticos -excepto en los momentos de crisis en que los comportamientos y las mentalidades son susceptibles de modificarse bruscamente-, el largo plazo, que aparece gracias a la periodización, permite apreciar la evolución, casi insensible o al contrario espectacular por su rapidez, de las maneras de ver, de sentir y de conducirse.

Una necesaria crítica de las fuentes

De manera general, las fuentes documentales que constituyen la materia de la investigación deben ser sometidas a una crítica severa puesto que los vestigios que nos vienen del pasado no son más inocentes y sinceros que los productos de toda índole que legaremos a nuestros descendientes. Al contrario del sociólogo contemporáneo, cuya tarea se asemeja a la nuestra en numerosas ocasiones, o aun del historiador del mundo actual, que siempre pueden interrogar la realidad a partir de cuestionarios adecuados o de testimonios variados tanto por su origen como por su naturaleza, el historiador de las mentalidades no cuenta más que con una información a menudo precaria, aleatoria y sobre todo parcial en la medida en que proviene por lo regular no de los interesados, muy alejados en los siglos pasados de la preocupación de dejar testimonios de sus vivencias y de todos modos desprovistos de los medios idóneos para llevar a cabo tales propósitos, sino de las instituciones, instancias o sectores sociales que por razones muy diversas dejaron constancia de ellas. Pero tales testimonios distan mucho de ser neutrales: al contrario, llevan casi siempre el sello del interés, del proyecto e intención de quienes escriben y juzgan. Por ello, es imprescindible interrogarnos acerca de la información que utilizamos, tratando de valorar los filtros a través de los cuales llega a nuestras manos. No siempre resulta

fácil, fuerza es confesarlo. Si bien logramos sin demasiado esfuerzo identificar los filtros ideológicos que intervienen, sus implicaciones y causas, no sabemos cómo corregirlos ni tenemos siquiera a veces otras fuentes a las que recurrir para lograrlo. Así, por ejemplo, el testimonio de un funcionario real acerca de la vida popular americana del siglo XVIII refleja, por los juicios de valores que percibimos claramente a través del vocabulario utilizado, tanto o más su propia concepción del pueblo y de lo que debería ser su vida y diversiones que la realidad de la misma. Sin lugar a duda, el testimonio del funcionario resulta doblemente interesante por su capacidad de dar cuenta de una misma realidad en dos de sus niveles. Sin embargo el historiador que pretenda descubrir esta vida popular a partir de los solos juicios del funcionario, sin corregirlos, matizarlos o ampliarlos mediante otras fuentes, correrá inevitablemente el riesgo de presentar un cuadro insuficiente y hasta erróneo del fenómeno que lo ocupa. Es preciso en estos casos recurrir a cuanto indicio se presenta al respecto, conformándose además con señalar las limitaciones de la visión lograda.

Disponemos a veces de datos, de objetos, en series, en conjuntos o aislados que no podemos adecuadamente reintegrar en el marco que les corresponde porque carecemos de la información relativa, por ejemplo, a su producción, su función exacta, la manera cómo eran percibidos, recibidos por tal o cual sector social, etc. Así, por ejemplo, hace poco que descubrimos que los retablos barrocos, tan frecuentes en nuestras iglesias coloniales y que vemos y apreciamos tradicionalmente desde un punto de vista ante todo estético, cumplían de hecho la misma función pedagógica que las fachadas romanas y góticas del viejo mundo: las numerosas esculturas con sus oros, sus colores deslumbrantes y ademanes teatrales recreaban desde luego la imaginación del pueblo llano, al que proporcionaban un gozo estético indudable. Pero también su organización simbólica alrededor de algunas figuras centrales y la progresión jerárquica de los retablos en relación con el conjunto de la nave dominada por el altar central y eventualmente los de algunas capillas laterales tenían por meta

principal inculcar las verdades esenciales de la fe a unos creyentes que difícilmente podían descubrirlas de otra manera. De ignorar esta función didáctica fundamental, el historiador de las mentalidades no sería más que un historiador de las formas estéticas, las que además, analizaría de manera parcial y hasta errónea en la medida en que se hallarían totalmente descontextualizadas.

Sin embargo, si hemos entendido algo de la función desempeñada por los retablos barrocos y por tanto del propósito que respaldaba su notable difusión en un mundo donde el analfabetismo imperaba, somos incapaces aún de reintegrar muchos de los comportamientos y creencias de los hombres de los siglos pasados en el contexto que les corresponde porque nos faltan por lo regular ciertos eslabones, ciertos datos claves, o incluso porque prisioneros de nuestra época, no sabemos identificarlos como tales.

Permítasenos, respecto a estas últimas observaciones, un ejemplo verdaderamente esclarecedor. Es bien sabido que la interpretación más tradicional relativa a la conquista de América siempre presenta a los conquistadores extremeños como individuos de bajísima extracción social, ya que eran porqueros antes de lanzarse a la insigne aventura que los proyectó a la Historia. Ahora bien, la investigadora Carmen Bernard acaba de descubrir que siendo Extremadura por largos siglos una tierra de frontera entre el cristianismo y el islam, la cría del cerdo se había convertido en actividad identificadora de los cristianos, que manifestaban así su rechazo militante de la religión musulmana. Más aún, siguiendo esta dinámica, el poseer piaras de cerdos llegó a ser sinónimo de nobleza, con lo cual toda actividad relacionada con este animal saturado de significado para ambos lados, lejos de considerarse como vil -óptica que nos corresponde a grandes rasgos-, estaba al contrario ligada con las nociones de cristianismo y de hidalguía. Así, al proyectar en el pasado valores contemporáneos y al desconocer el contexto social específico de la provincia de Extremadura al finalizar la Edad Media, todos hemos repetido concienzudamente lo que viene a ser un verdadero contrasentido. A pesar de lo precario e insuficiente de las

fuentes, de las lagunas de la información que repercutan en marcos incompletos de referencias, de las limitaciones y prejuicios inducidos por la sociedad en la que vive inmerso, el investigador, afectado además por sus propias fallas, no debe desanimarse si se siente atraído por el campo de las mentalidades. Al contrario, el reto es estimulante y la imaginación ha de suplir las deficiencias, sugiriendo medios y recursos adaptados al objeto de investigación y al propósito que se persigue.

Casos aislados y casos límites

Si las series documentales homogéneas son poco frecuentes en este tipo de historia, los casos aislados y hasta límites son comunes. El mismo problema surge siempre: el saber o decidir si éstos tienen un carácter significativo o no. Conviene recordar aquí que lo individual incluso en sus dimensiones excepcionales -criminalidad, delincuencia, comportamientos considerados como aberrantes- se inscribe siempre en el contexto social que lo produce. La "normalidad" de una época y una sociedad dada, y por lo tanto lo que ellas perciben como "anormalidad" son determinadas por sus propios valores culturales. Actualmente, ningún país occidental o que se precia de serlo, distingue ni discrimina a individuos que por sus creencias o comportamientos habrían sido vistos como "herejes" en los siglos pasados, mereciendo por tanto las penas más severas de las justicias civiles y religiosas. Sin embargo, ¿quién no entiende que estos "herejes" de antaño eran efectivamente marginales dentro de su propia sociedad y al mismo tiempo la otra cara de una misma medalla: la fe religiosa bajo la forma de una ortodoxia generalizada? De ahí que estudiar a los herejes significa e implica de hecho estudiar a los creyentes ortodoxos, y vice versa. Lo marginal viene de esta manera a ser significativo de lo normal, al que suele revelar en negativo. Negar su representatividad y verlo como algo efectivamente "marginal" y desprovisto de relaciones con el contexto social que lo produjo equivale a adoptar los juicios de valores de la sociedad que se pretende estudiar e impide

radicalmente que el investigador establezca con ella la distancia que sólo le permite llevar a cabo su propósito. Por lo tanto, los casos aislados o hasta excepcionales siempre son recuperables para la historia de las mentalidades con tal de que sean reintegrados dentro del contexto que los suscitó.

Una última observación respecto a estos casos: la historia de las mentalidades a diferencia de la sicología aplicada a la historia, busca descubrir comportamientos y conductas colectivos, propios de grupos o sectores enteros. En este sentido, si los testimonios de tipo individual -casos aislados, casos límites, relatos de vidas, etc.- pueden ser de algún provecho para el estudioso, debe rebasar el carácter anecdótico para integrarse en una visión más amplia. Lo individual mantiene obviamente relaciones estrechas con lo colectivo y el papel del historiador y del sociólogo consiste en aclararlas.

Algunos métodos cualitativos: el análisis de discurso y la etnopsiquiatría

Tomando en cuenta la naturaleza de las fuentes documentales con las que el historiador de las mentalidades se enfrenta comúnmente, las aproximaciones de tipo cualitativo son demasiadas veces las únicas susceptibles de ser utilizadas, para desgracia de quienes cuidan de apearse exclusivamente a métodos probados, comprobados y sistemáticos. Esto significa desde luego que la subjetividad, con los riesgos que entraña, acompaña sin remedio al investigador en su recorrido por los campos riesgosos si bien atractivos de las mentalidades. Dentro de los recursos posibles al respecto, el análisis del discurso proporciona resultados a menudo convincentes. Existen técnicas sofisticadas afines a la lingüística, que requieren de un verdadero aprendizaje y que han probado ser sumamente valiosas en estudios de discursos homogéneos, como los que provienen de aparatos políticos, de instancias productoras de ideologías en general. Pero también se puede proceder a análisis de discursos más superficiales, cuando el material no requiere mayores esfuerzos. En efecto, no todos los discursos entrañan abismos de complejidades y ambigüedades como suelen hacerlo los de cuño ideológico declarado, que pueden y deben ser leídos

en varios niveles en la medida en que siempre conllevan desfases variables entre lo que dicen, lo que quieren decir y lo que no quieren decir pero dicen de una manera u otra. Una receta de cocina, un testamento o una carta comercial se prestan, en la mayoría de los casos, a un análisis más sencillo si bien cuidadoso aunque un artículo periodístico cualquiera requiera ya de una técnica más fina.

El análisis de discurso es, sin lugar a duda, uno de los métodos más versátil y provechoso para nosotros, y dista mucho de ser tan utilizado como lo amerita, tal vez porque algunos historiadores aún temerosos de salirse de los límites tradicionales de su disciplina, dudan en recurrir a una técnica que les parece a veces muy sofisticada y que perciben como demasiado ligada a la lingüística y a la literatura. De todos modos, un campo inmenso queda abierto.

La etnosiquiatría ha sido asimismo utilizada en algunos casos. Más aún que el análisis de discurso, requiere de una competencia en la materia que de hecho le confiere un sello de especialización, reservándola por tanto para el uso de un grupo reducido de estudiosos. Una de sus principales limitaciones está relacionada con la validez de las categorías freudianas para cualquier época y cultura. En efecto, no podemos afirmar que tales categorías trasciendan los valores culturales de las sociedades occidentales que las sustentan. La antropología en particular ha mostrado que la noción de incesto varía según las culturas, lo mismo que los papeles sexuales, sociales, las imágenes y representaciones que los acompañan. Por tanto, la etnosiquiatría que puede ser un auxiliar valioso cuando se trata de estudiar el pasado de los países occidentales que tienen en común un mismo trasfondo cultural, debe ser usada con gran prudencia en cuanto se refiere a sociedades que proceden de otras áreas culturales.

Huelga decirlo, ninguno de estos métodos, -si se puede atribuir este nombre a los recursos distintos que acabamos de reseñar brevemente y que a menudo se asemejan más a medios improvisados que a verdaderas técnicas- excluye a los demás y no pocos de los mejores estudios de la historia de las mentalidades son el producto de una sutil combinación de

varios de ellos, combinación en última instancia inspirada por la intuición y el talento del historiador.

En efecto, es preciso afirmarlo y repetirlo con ahinco: la historia no es una ciencia exacta y probablemente ni siquiera una ciencia, al menos por ahora. El término comúnmente usado al respecto de "ciencia social", por halagüeño que resulte a los oídos de muchos de nosotros, no cambia nada al hecho de que la historia, incluso en su modalidad económica, es actualmente incapaz de desembocar en *leyes* que permitan predecir el futuro, característica, como se sabe, de cualquier ciencia.

Por tanto, es imposible pretender proporcionar una metodología estricta y rigurosa en historia, y menos aun cuando sabemos que no pocas ciencias exactas -así las matemáticas- necesitan, para progresar y producir frutos verdaderamente originales, de la intuición, la improvisación, la imaginación y a veces una pizca de locura...

En conclusión

En el campo de las mentalidades, tan subjetivo y sutil, la "metodología" no es más que la lista aproximada de los recursos que resultaron eficientes tales como fueron utilizados por estudiosos inspirados y el historiador que pretenda hacer este tipo de historia adoptándolos llana y directamente sólo produciría análisis tal vez válidos pero casi seguramente faltos de originalidad y finalmente, poco útiles. Sin embargo, es preciso conocer estos métodos y los resultados que hicieron posibles. También es preciso renunciar de una vez a la ilusión nefasta de que mediante algunas "recetas" metodológicas ahora, e ideológicas hace aún algunos años, se logra infaliblemente un resultado satisfactorio. Ninguna disciplina, ningún campo del desempeño humano y ningún propósito debe disuadirnos de valernos de nuestra sensibilidad y de esta originalidad esencial que cualquiera de nosotros recibió de la Naturaleza o de la Providencia. En consecuencia, lejos de llegar a conclusiones pesimistas, debemos alentar todo cuanto favorece la intuición y

la imaginación que permiten hacer emerger nuevos territorios y formular interrogantes novedosas.

Lo que una visión burguesa ha dado en llamar la "cultura" y que debería abarcar la lectura voraz de todo lo leíble, la frecuentación asidua de las obras de arte de toda índole, la comunicación y sobre todo la controversia, parecen ser el medio más adecuado para estimular la imaginación y la creatividad. Más que buscar metodologías definitivas, debemos ante todo cultivar nuestra curiosidad y abonar el terreno de manera que sea propicio al florecimiento de nuevas inquietudes que suscitarán a su vez nuevas temáticas y tal vez, estrategias originales. Nuestro oficio de historiador nos asemeja al artesano ingenioso y si nos valemos de herramientas y útiles imprescindibles, no somos trabajadores industriales cuya tarea y ambición se reduzca a producir objetos estándar al mayoreo a partir de una tecnología determinada. Por tanto, los pocos recursos metodológicos que reseñamos aquí atestiguan los esfuerzos y los aciertos de algunos historiadores de las mentalidades. Podemos y debemos valernos de ellos siempre y cuando no nos consideremos exentos de imaginar otros nuevos y sepamos combinarlos de manera eficiente. En fin, hemos de recordar que estos medios no son más que éstos, unos *medios*. El hecho de utilizarlos concienzudamente de ninguna manera garantiza el resultado de una investigación cuyo logro depende, según lo sabe por experiencia cualquier estudioso, de muchos otros factores.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

Chaunu, Pierre. *Histoire, Science sociale. La durée, l'espace et l'homme a l'époque moderne*. París, SEDES, 1974.

Devéreux, Georges. *Essais d'ethnopsychiatrie générale*. París, Gallimard, 1970.

Faye, Jean-Pierre. *Les langages totalitaires*. París, Herman, 1972.

Guinzburg, Carlo. *Il formaggio e i vermi*. Torino, Einaudi, 1976.
La introducción es fundamental.

Le Goff, Jacques. *Faire de l'histoire*. París, Gallimard, 1974.

Robin, Régine. *Histoire et linguistique*. París, Armand Colin, 1973.

Roheim, Geza. *Psychoanalysis and Anthropology*. New York, International University Press, 1950.

Nota Bene. Agradezco los datos proporcionados por Carmen Bernand en una comunicación personal.